

# ¿Será que yo lo veo con ojos diferentes?

Me mandaron un recorte periodístico de la ciudad donde yo nací. Es la primera vez que hablan allá de Daniel, haciéndose eco del escándalo político montado aquí el mes pasado. El desconocimiento que muestran de Daniel me ha llevado a estas reflexiones.

Daniel y yo nos conocimos en el Canadá donde él se imponía una disciplina férrea de dieciséis horas de estudio al día. Llegó a la Universidad inglesa de mayor prestigio entonces y, con apenas el inglés del Liceo, se propuso cursar cuatro años en uno solo en Filosofía, una de las disciplinas más difíciles. No sólo lo hizo, sino que sacó, en un año más el equivalente de un doctorado de La Sorbona, obteniendo las notas más altas dadas por esa Universidad. Hizo lo que ningún canadiense ha podido hacer.

La Filosofía Política, al contrario de la Ciencia Política, toma en cuenta básicamente al hombre y su relación con el Estado. Daniel hizo su tesis sobre Platón, con el interés primordial de ahondar la relación entre conocimiento y ética, tanto en cuanto a la conducta individual como en la relación del hombre con el Estado. Pero quiero decir algo más personal de él como para borrar una falsa impresión.

Sufrió hondamente en su adolescencia. El sufrimiento destruye o forja al hombre, templándole y haciéndole más fuerte que los demás. Daniel adquirió esta fuerza al mismo tiempo que una gran comprensión de los hombres: los conoce y es capaz de gran compasión.

¿Cómo es conmigo? Me ha cuidado siempre haciéndome partícipe en lo que más aprecia. Sería difícil escoger ejemplos. Mi conocimiento de la música se profundizó y adquirió nuevos significados cuando empecé a oírlo con él. Fue hasta entonces, por ejemplo, que empecé a distinguir el profundo diálogo en



Marjorie de Oduer

los cuartetos de Beethoven: que empecé a distinguir resonancias entre un Tintoretto, un Greco y un Miguel Angel, un Tiziano y un Rafael o entre un Brahms y un Beethoven. Me abría siempre nuevas vistas para investigación o deleite.

Pero con ejemplos omito lo esencial, porque el aprender no es la acumulación de conocimientos; es crecer en el sentido de que cada paso contribuye a madurarse, a prepararse para mejor interpretar y comportarse en el mundo. Desde antes de darnos él apartaba cuatro horas al día para enseñarme historia de la filosofía. Lo que más valía para él, lo quería compartir conmigo. Aprendí a estudiar en forma disciplinada, por corto que fuera el periodo, cada día.

Era como ayudarme a formar la estructura mental que da sentido a la experiencia. Si me indicaba cuál libro de Hegel debía estudiar para ir comprendiendo su dialéctica, me ofrecía al mismo tiempo una exégesis, dirla. Recuerdo que me sentí algo así como poderosa cuando, después de un año de estudiar a Hegel, empecé a estudiar a Marx y lo encontré relativamente fácil. ¿Hoy otro regalo que se compare con éste?

Cuando le conocí quiso enseñar e, inclusive le ofrecieron un puesto de asistente al tiempo que hacía su tesis, pero acontecimientos nacionales y su manera de ser del hombre de acción tanto como intelectual, le llevó a la carrera política. Creo que su

manera de conducir el gobierno revela esta inclinación a la enseñanza, como también revela parte de su formación intelectual.

No hay ninguna rama del conocimiento que no le interese. Lee continuamente y está al tanto de todas las corrientes políticas e intelectuales mundiales. Oír sus comentarios y juicios es para mí un privilegio y no me sorprende que así fuera para tanta figura relevante en el mundo de hoy.

Daniel es un hombre que inspira más respeto mientras más se le conoce. Si era extraordinario cuando nos encontramos (se lo consideraba como un hombre renacentista por su vasta cultura) ha seguido fielmente acercándose a las metas que él se fijó.

Como dijo recientemente en la televisión, el inmenso orgullo que siente al asistir a los convivios de intelectuales y estadistas es que representa a Costa Rica. Yo entendí que ésta era la distinción que quiso hacer cuando habló de sociedad y gobierno, la primera como la que representa las costumbres y quehaceres, el alma, digamos, del país, y el segundo, el Gobierno, como cosa transitoria y susceptible de ataque dentro de las fronteras. Creo que cuando Daniel la representa, Costa Rica se define más en relación al acontecer universal. Esta es la forma simbólica de la representación y la que le hace sentir como el más orgulloso de los costarricenses. Es un orgullo que se basa en la humildad.

¿Será que yo lo veo con ojos diferentes? Es cierto pero también es cierto que lo veo claro y de cerca. Uno conoce a una persona en la medida en que la quiere: éste es el sentido en que el conocimiento completo es amor.

He querido hacer estas líneas porque he tenido la dicha de tener a Daniel como marido, y pienso que ustedes tienen el derecho de sentir un enorme orgullo al tenerlo como su Presidente.